

## 6. Macrocontexto: el agotamiento de una nominación\*

Raquel Bozzolo

El diccionario de la Real Academia Española no brinda mucha ayuda cuando se trata de pensar los nombres (muchos de ellos neologismos) acuñados en la pretensión de pensar algo hasta cierto momento impensable. "Macrocontexto" no existe en el diccionario. "Macro" tiene asignado un significado: grande. El término "contexto" refiere a cuatro sentidos: 1) entorno lingüístico del cual depende el sentido y el valor de una palabra, frase o fragmento considerados; 2) entorno físico o de situación, sea político, histórico, cultural o de cualquier otra índole, en el cual se considera un hecho; 3) orden de composición o tejido de un discurso, de una narración, etc., y 4) enredo, maraña o unión de cosas que se enlazan y entretajan.

Nada obtenemos en el diccionario, más que una información que acrecienta nuestros saberes; sospechamos, como siempre, que no alcanzan los saberes, que habrá que encontrar otra manera de trabajar ese término, "macrocontexto", acuñado y utilizado en forma variada desde hace ya años en la AAPPG y que hoy muestra señales inequívocas de hallarse extenuado en su capacidad de nominar, es decir, hacer que algo se despliegue en un campo simbólico.

El abandono de una noción requiere hacerse de derecho y no sólo de hecho para lograr completar su tarea de agotamiento. Así como una proposición es verdadera de acuerdo con sus condiciones de verdad, un término es un nombre cuando es eficaz en su capacidad de nominar (Lazarus, 1996). Esta eficacia depende de las condiciones en que se produce esa nominación.

\* Este escrito fue realizado para los cincuenta años de la AAPPG. Una versión del texto fue publicada dentro de un escrito más amplio, en *Pensamiento vincular. Un recorrido de medio siglo*, Buenos Aires, AAPPG, 2004. Agradezco la colaboración, lectura y discusión de la doctora Mirta Groshaus, quien además de aportar al escrito ayudó a sostener un pensamiento, que como siempre es producto de algún "nosotros".

Todo término se ubica en un horizonte problemático (Althusser y Balibar, 1969) que constituye la situación en la que ese nombre se produce. Tal situación tiene imposibles y posibles situacionales. Sólo cuando la situación se altera, cuando adviene otra situación, es posible abrir pensamiento sobre aquel resto de la operación que la configuraba, inenunciable hasta ese entonces. Se advertirá un deslizamiento de impensables a imposibles; éste implica, además de una preocupación de tipo ontológica y no epistemológica, un trabajo de pensamiento en que la nominación, como acto de enunciación, está tomada, en su carácter performativo.<sup>1</sup> Según decía Ignacio Lewkowicz en el seminario "Subjetividad religiosa", dictado en el Colegio de Estudios Avanzados en Psicoanálisis, el problema no es tanto si hay enunciados descriptivos y enunciados performativos sino que hay una dimensión descriptiva y una dimensión performativa en cada enunciado. La cualidad performativa dependerá de las condiciones de enunciación de un enunciado, como lo dice Humpty Dumpty en *Alicia en el País de las Maravillas*: para saber qué quieren decir las palabras, lo que importa es saber quién tiene poder.

En esta dimensión donde nominar no alude a enunciar algo que existe en una exterioridad, objetividad, fuera del nombre, sino que produce lo que nombra, nominar hace que lo nombrado sea. Una visión positivista entendería que el término "macrocontexto" describe una particular forma de ser de la relación sujeto-mundo, individual-colectivo, o psique-sociedad, que constituiría para la ciencia moderna su referente. El pensamiento, que hoy denominamos "conjuntista identitario", pretende que "macrocontexto" alude a una relación entre entidades autónomas, con identidad propia. ¿Podríamos afirmar que nominar esa relación de tal manera la constituye de este modo?

Si esto es así, se configura una situación de pensamiento<sup>2</sup> donde en el centro de la figura está el individuo, en el círculo concéntrico siguiente el contexto (los grupos y la familia) y luego la sociedad, en el nivel de lo nombrado como macrocontexto.

### Genealogía del macrocontexto

Sin pretender ser exhaustivos, realizaremos una pequeña revisión genealógica de la forma en que se pensó la relación que intenta articular este término. Cada situación histórica arma su mundo y su habitante. No siempre exis-

1. John Austin (1971) piensa en aquello que hacemos con lo que decimos. Un enunciado performativo no describe sino que produce aquello que enuncia, o sea, describe el acto que realiza.  
2. "Pensamiento" aquí no designa una mera actividad de la mente sino una operación que produce una cierta consistencia.

tieron el individuo y la sociedad; estos términos aluden a una forma de existencia que no es universal ni ahistórica (Fernández, 1999). Retomando el esquema anterior, podríamos decir que el individuo es un imposible en la Edad Media y algo impensable para el horizonte problemático de la época.

Las urgencias sociales (Foucault, 1983) de lo que se llamó luego "modernidad" hicieron ser un mundo, un orden, donde se produjo el reemplazo de Dios y del rey-soberano por el pueblo soberano y sus representantes. Así se fue constituyendo el par individuo-sociedad como parte de ese movimiento instituyente del nuevo régimen, que requería la promulgación de la libertad individual, de la igualdad ante la ley y de la fraternidad como lazo (vínculo) que constituiría solidariamente la sociedad.

En el mundo académico esta urgencia fue teniendo sus expresiones singulares: la creación de las carreras de Psicología y Sociología constituyó, por un lado, un acto de consolidación en la división del territorio de la filosofía, a la luz de los requerimientos que el paradigma positivista vigente imponía. Por otro lado, en el plano de las llamadas "ciencias naturales", se desprendía de la biología, la psicología y más adelante, como especialidad o nuevo territorio, se fundaba la psicología social. Las investigaciones de los primeros años del siglo XX fueron demarcando un ámbito de exploración: el hombre y la sociedad humana. Era necesario explicarse al hombre, diferenciándolo de las otras especies biológicas, y encontrar el rasgo distintivo luego de la caída del alma como fundante de esa distinción.

El origen de esos territorios se emparenta con el interés por insertar en la ciencia y legitimar como científicos los desarrollos de las humanidades. Se expresaba así la urgencia social de explicar, comprender y conducir a los hombres y a las masas. Las teorizaciones estaban atravesadas por la urgencia de legitimación del tipo de sociedad que se pretendía construir: con un ideal democrático y fuerte convicción en el progreso de la humanidad y el nuevo orden que devino, en el plano económico, capitalista. Las definiciones del hombre postuladas se pretendían verdades universales y ahistóricas. El hombre era sujeto de conciencia para la filosofía, sujeto de conocimiento para la gnoseología, e individuo libre y autónomo para la teoría política. La sociedad era concebida como una entidad abstracta o como la suma de individuos. Distintos acontecimientos sociopolíticos e inesperados comportamientos humanos (Auschwitz, Hiroshima, entre otros) interpelaron luego esas definiciones, poniendo a prueba a la razón sostenida como fundamento de lo humano.

Con el avance del siglo, el psicoanálisis y el marxismo se hicieron cargo, en parte, de aquellas cuestiones que no podían ser explicadas y que permanecían en el cono de sombra de la época, producido por la razón iluminista. Sus producciones sometieron a una operación de análisis crítico tanto al sujeto de conciencia como al sujeto libre y autónomo de las concepciones contractualis-

tas. La obra freudiana y sobre todo la invención del inconsciente permitieron la lectura sintomal de conductas, placeres y padecimientos. Por su lado, la crítica a la economía política, la noción de plusvalía y de fetichismo de la mercancía brindaron herramientas conceptuales para la interpretación de cuestiones clave operantes en el espacio social. Nietzsche, a su vez, al realizar su genealogía de la moral, opera de modo similar sobre el discurso filosófico de Occidente. Freud y Marx, junto con Nietzsche, han sido incluidos por Foucault (1995) en la llamada "hermenéutica de la sospecha" que entiende el trabajo del pensamiento como una operación-intervención sobre una construcción simbólica, no ya para transparentarla sino para mostrar su carácter de cifra, de síntoma, de producto transaccional, que encubre y descubre a la vez las condiciones de su producción. Tanto la obra freudiana como la marxista y los aportes de Nietzsche fundaron una perspectiva que superó los márgenes disciplinarios propios de la psicología y la sociología de su época.

Algunas de las nuevas teorizaciones en psicología y en sociología, tanto en ciertas interpretaciones del marxismo como entre algunas de las distintas versiones del psicoanálisis, quedaron fuertemente marcadas por la urgencia de racionalidad, que imponía encontrar determinaciones de lo que se presentaba como novedoso. Algunas de las teorizaciones de la psicología como disciplina quedaron capturadas en los efectos de la metáfora espacial que —prestada por la ciencia de la época, la física newtoniana— modelizó un adentro y un afuera del sujeto individual. El psicoanálisis, que había roto con la concepción del sujeto libre e indiviso, permaneció por muchos años atrapado en una distribución territorial de lo psíquico que lo localizaba en una interioridad.

En espacios académicos y no académicos, en las llamadas instituciones psicoanalíticas, como la AAPPG, se produjeron algunas elaboraciones teóricas que intentaron romper con los efectos de esta metáfora; sin embargo, la perduración de posicionamientos subjetivos y matrizamientos epistémicos dificultó la operacionalización en los ámbitos de trabajo concretos: en agrupamientos y en situaciones cuya singularidad los ubicaba por fuera de los dispositivos canónicos.

En nuestro medio, la nominación "macrocontexto" se ubica en esa matriz, que ya José Bleger intentaba trabajar para no quedar capturado en un esquema que, al demarcar espacios, otorga existencias autónomas a "individuo" y "sociedad". Este autor presentó una vacilación entre áreas de la conducta y niveles de integración de la conducta, expresando las dificultades para pensar desde otro horizonte problemático, en los años 50, época de fundación de la AAPPG. La necesidad de pensar unas prácticas novedosas en ese momento histórico, como el trabajo con grupos e instituciones, estuvo presente en la fundación de asociaciones como la AAPPG y en la creación, ya por fuera del psicoanálisis oficial, de la llamada Primera Escuela de Psicología Social, fundada por Enrique Pichon-Rivière.

*Exterioridad, interioridad*

Algunos de nosotros<sup>3</sup> ubicamos las prácticas que realizamos en un más allá del individuo, desde el rechazo a la escisión creada en la modernidad que establece por separado al individuo y a la sociedad. Por esta misma razón no aceptamos la clasificación de las estrategias clínicas en función de si el dispositivo que interviene incluye a una persona (como en la entrevista psicológica o en la sesión psicoanalítica) o a varias (en lo que se ha denominado "conjuntos plurisubjetivos" o "multipersonales"). La resistencia a considerar disciplinariamente estas prácticas se expresa en la interrogación acerca de su inscripción de referencia, esto es, ¿qué son?: ¿psicológicas?, ¿sociológicas?, ¿psicoanalíticas?, ¿de psicología social?, ¿institucionales? En todas ellas se produce cierta excedencia innombrable dentro del horizonte problemático de los saberes establecidos por las grillas profesionales. La episteme con la que se distribuyeron los territorios disciplinarios es la misma que piensa por separado, otorgando exterioridad a lo social e interioridad a lo psíquico, y produce obstáculos para procesar teóricamente ciertas prácticas, irreductibles a términos exclusivamente psíquicos.

En un artículo de la revista de la AAPP, de 1999, en el que intentábamos la elucidación de lo subjetivo y lo vincular, coincidimos con las tesis de Cornelius Castoriadis aunque, como se verá, la nominación "social" recién comenzaba a producirnos interrogación:

Tomamos de Castoriadis su concepción de que lo social es siempre sociohistórico. Sus investigaciones nos interesan en la medida en que al considerar a los colectivos humanos, y aun a las psiques singulares, les otorga una capacidad de imaginación que llama imaginación radical, que permite producir las significaciones sociales, que constituyen la institución social, que instituyen la sociedad. Postula que lo sociohistórico adopta diferentes formas de ser "sociedad".

Se plantea la existencia de una forma del ser de las significaciones sociales en plena indeterminación que constituyen el magma de significaciones disponibles a ser determinadas por el colectivo en un momento histórico dado. Como vemos, su planteo exige la reformulación de la cuestión ontológica y no sólo epistemológica. Intenta pensar las diversas formas del ser sin quedar atrapado en la metafísica trascendental. En este artículo no podremos

3. El "nosotros", figura enunciativa de mucho de lo expuesto, alude a un sujeto de pensamiento del que hoy me recorto para realizar este escrito: el equipo que constituyo con Marta L'Hoste y Osvaldo Bonano.

detenernos en esta noción de magma de significación, pero creemos que es un aporte que exige un recorrido por esta nueva ontología y nos resulta de gran riqueza (Castoriadis, 1989).

Plantea que los hombres se construyen en forma heterónoma, dado que son producidos en y por un mundo que los preexiste; ello mismo hace que naturalicen la existencia del mundo social. Hace una crítica a la lógica heredada (que impide pensar lo diverso que no tenga los atributos de las identidades agrupables en conjuntos), a la que llama lógica "conjuntista identitaria" (Castoriadis, 1993). Las dificultades que se les presentan a los contemporáneos al pensar en otro tipo de sociedad ilustran el fenómeno de naturalización que se produce con nuestra forma de ser "sociedad".

\*\*\*

Castoriadis afirma en forma axiomática la existencia de una capacidad de instituir el mundo social por parte de los propios hombres, en apoyo de aquello que constituye su real.<sup>4</sup> Atribuye a los colectivos humanos la facultad de otorgar sentidos determinando significaciones sociales al extraerlas del magma de significaciones que, como ya dijimos, se encuentran en plena indeterminación. Como se puede apreciar, postula otra manera de ser de las significaciones de difícil representación mental con nuestra "lógica heredada", es decir, con las categorías con que nuestro pensamiento se produce (Castoriadis, 1989; Bozzolo, 1999b).

La profundización en estas tesis nos ha llevado a trabajar la noción "social", al mismo tiempo que "individual", así como a elucidar críticamente aquellas nociones que se postulaban como "articuladoras".

*Lo subjetivo, lo psíquico y lo social*

Hemos ido encontrando potencia en la noción de subjetividad, formulada inicialmente por pensadores contemporáneos como Foucault, Deleuze y Guattari. Entre nosotros esta nominación fue largamente trabajada por Ignacio Lewkowicz. Dentro del campo de problemas de la subjetividad, tal como Ana Fernández lo designa en el ámbito académico, se encuentran gran parte de las experiencias que producen subjetivación, es decir, proceso por el cual adviene un nuevo sujeto. No desconocemos que el trabajo psicoanalítico pueda ser ocasión de verdaderos procesos por los cuales se advenga otro,

4. Hoy nos interroga cuál es para este autor este real y si su naturaleza está determinada antes de la operación práctica determinante de las significaciones sociales.

mos al trabajar los efectos del terrorismo de Estado (Bonano, Bozzolo y L'Hoste, 1993b), no nos resulta productiva la clasificación en un texto, un contexto y un macrocontexto. Podemos establecer unas dimensiones biológicas, psíquicas (conscientes e inconscientes) y subjetivas de las experiencias. Lo que se presenta en la clínica es un texto complejo y en superficie, en el sentido de Deleuze. Es allí, en la superficie, donde lo invisible lo es por efecto de la naturalización y la conformación subjetiva del habitante de esa situación, donde se presentan formas de habitar un mundo que, a la vez que lo hacen ser como es, nos hacen ser como somos.

Esta manera de pensar las prácticas que realizamos no nos requiere pensar todo para legitimar las nociones, los dispositivos prácticos, los procedimientos de intervención, que vamos sumando a nuestra caja de herramientas. Esta variedad de herramientas no se encuentra ordenada según territorios dispuestos por epistemes insuficientes para designar la complejidad de nuestros quehaceres y la radicalidad de las alteraciones que se producen en las condiciones actuales.

Dijimos en un escrito sobre trauma que no es posible pensar la vertiginosa y permanente alteración sociohistórica-subjetiva con un lenguaje fuertemente identitario, ya que es preciso disponer de otra lengua teórico-práctica, pero aún no está disponible.

Arriesgarse a la experiencia sin red que implica pensar sin certezas nuestras prácticas, abandonar lo que ya no nos ayuda a hacerlo, puede contribuir a que se abandonen en nuestras teorizaciones términos y matrices de pensamiento ya agotados. Recién entonces se podrán inventar los nuevos nombres, creando otra lengua para lo nuevo. Esta tarea no será sin consecuencias: hablar otra lengua seguramente será acompañado de un devenir otros que los que somos.